

y tan fiera, habíale revelado el interior del joven caballero. Maravillábase de hallarlo tan diferente de lo que había temido; lo creía muerto para todo sentimiento de Religión. Su maravilla hubiese sido diez veces más grande á leer en la frente de John el secreto trabajo de su mente, superior acaso á su edad, y tanto más vivo interiormente, cuanto menos señales daba de vida externa. No tardó la joven mucho á tener otras pruebas.

## XXII.

UN CUARTO DE HORA EN LA ESTACION  
DE ALEJANDRIA

John, después de subir al coche para Génova, se arrojó en uno de los rincones, según costumbre. Echaba de cuando en cuando una mirada distraída en el país circunstante, y se volvía pronto á meter en un ángulo, cerrando los ojos. No fumaba, lo cual iba contra su costumbre frecuente; no leía, y esto iba contra su hábito invariable. Julia se lisonjeaba dulcemente de

que rumiaría su furioso ataque á los milagros, así como las saludables verdades oídas, haciendo alguna útil reflexión. En parte adivinaba, y en parte alejábbase no poco de la verdad.

Nadie conocía enteramente la religión del joven: su propia madre no podía presumir leer más íntimamente en el interior de su hijo que un extraño. Cuando pasaba las vacaciones en familia, recitaba el *Evening prayer*, ó sea la oración de la tarde, con ella y con sus hermanas, diciendo perfectamente las palabras, con claridad y recta pronunciación, pero sin que ningún acento revelase un espíritu devoto ó indevoto: asistía también al oficio, y estaba dignamente, pero nada más: asimismo participaba de la santa Cena, cuando su madre se lo decía, sin oposición y sin celo. Sin embargo, no era indiferente de ningún modo en asunto de religión, ni lo podía ser en una familia donde la biblia y los treinta y nueve artículos de la iglesia anglicana formaban su vida interior, dando movimiento, medida y orden á todas las acciones. Mistress Needle no había sabido infundir la piedad en el corazón de su primogénito, tan suavemente como las madres católicas. Ignoraba las industrias de

aquellas pías, que, imitando á los ángeles custodios, siéntanse junto á la cuna querida, inquiriendo nuevas formas de abrir la luz del cielo en favor del dulce parvulito cuyos ojos abrieron á la luz de la tierra. No había nunca sentado sobre sus rodillas á su hijo, si no para cubrirle de besos, ni pensaba en coger su manita y llevarla á la frente, al pecho, y á la espalda, con el fin de ofrecerlo á Dios con aquel primer acto de fe, ciega sí, pero santa, en la Trinidad divina y en el Redentor crucificado. Mucho menos se complacía, como tantas otras madres, en consagrar á Jesús el primer sonido articulado de la boca infantil, procurando que pronunciára su nombre bendito á fuerza de caricias y de cien mil pruebas. Lejos, lejos de ella el pensamiento de presentar á los ojos de su niño una vistosa imagen de María, por el placer de verle sonreír y gesticular con las manos al decirle:—"Besa la majestad; es tu madre celeste." Mistress Needle había educado á su primogénito con innumerables cuidados exquisitos y prudentes, á fin de que creciera todo lo sano que consentía su constitución delicada; pero nunca en los primeros albores de su razón había procurado acostumbrarle á sentimientos propios de la

bienaventuranza. Sólo á los siete años, un día en que, parte por la enfermedad y parte por la mala educación, mostróse colérico, descarado y caprichoso, se le puso delante, y mostrando el cielo:—"Mira, John, le dijo; allí arriba existe un Dios. ¿Sabes lo que decir quiere un Dios? Quiere decir que te hizo, y á mí, y á todo el mundo.... Es nuestro Señor; si eres bueno te premiará, y te castigará si eres malo.

Tal fué la primera noción que tuvo el joven de la Majestad divina. Verdad es que su madre no tardó mucho á imbuirle otros elementos de vida moral y religiosa. Con frecuencia procuraba suscitar en el muchacho el pensamiento de la presencia de Dios en todo sitio; con frecuencia también hacía resplandecer el premio eterno reservado á los justos, y el castigo perenne que sufren los ruines. En este punto de la eternidad de las penas infernales extendíase gustosamente con sus hijos, citando los textos de la Biblia, que lo afirman terminantemente, á fin de ponerlos en guardia contra las necias interpretaciones que habían llegado á estar en boga en los últimos tiempos. Estas enseñanzas maternas acompañaron á John al colegio, no sin fruto. Mas sirvióle todavía, para librar-

le de los precipicios extremos y de los escándalos insoportables de la educación del establecimiento, su mal humor y su carácter poco sociable. Gustábale cuidar de su salud, vivir alejado de sus compañeros, estudiar, dormir, y perder las horas haciendo castillos en el aire. En tal estado, no distraído por los juegos, ni por los placeres, ni por estrépitos, ni envenenado por la depravación precoz que grandemente perjudica en los modernos institutos, conservó sin dificultad una parte de los sentimientos religiosos que le había infundido su madre. Estaba muy lejos de ser lo que llaman los católicos un joven piadoso (desconocen por completo este tipo los protestantes); más conservaba cierta excelente actitud en las oraciones comunes; en la Universidad de Cambridge, permaneciendo en *King's college*, lejos de arrojarse á las ocultas bataholas con que ciertos condiscípulos suyos abreviaban el tedio de los llamados oficios divinos, prefería entretenerse mirando las admirables ventanas de la capilla, que se consideran en el país una obra maestra del arte gótico.

Un *fellow*, ó, como decimos aquí, un doctor colegiado de la Universidad, que, según las costumbres inglesas, era su *tutor*

*privado*, le fué iniciando en las últimas ideas de reforma, que hace muchos años se vienen agitando en el seno de la iglesia anglicana. John, muy apasionado por las lecturas, consumía las largas horas de soledad que le proporcionaba su índole selvática, devorando las obras de los más ardientes novadores. Grande había sido la transformación de sus creencias religiosas; más no bajaba de la mente al corazón, y nunca se le había ocurrido mezclarse con los abanderados de la secta reformadora. Parecíale sólo que debía mirar la escuela del puseísmo y del ritualismo como un faro de luz levantado por Dios para desvanecer las tinieblas del muerto canal de su iglesia; reverenciaba con sinceridad á los jefes de la rebelión contra los treinta y nueve artículos, como los sabios más ilustres del cristianismo, como los restauradores del *establecimiento* inglés, y como los Constantinos del alta iglesia. Conviene confesar que había cuando menos profundamente vislumbrado el verdadero sentido y el indudable fin de los directores, tanto más enemigos acérrimos de la Iglesia católica, cuanto más se aproximan á ella, limpiándose de algunos errores.

Por lo dicho, volviendo John á pasar el

otoño en Parque verde, no se cuidaba de poner de realce sus pensamientos religiosos ni de referir ningún cambio, sobre todo, conociendo perfectamente que cualquiera indicio de novedad hubiese causado á su madre una indescribible angustia. Más bien, para librar de amarguras á su familia, solía dejar en Cambridge sus libros religiosos. Un impreso llevaba sólo consigo, y era una página del *Times*, que refería la profesión de fe recitada por el nuevo obispo anglicano de Londres, doctor Jackson, al tomar posesión de la diócesis. Parecióle hallar en ella su fe, que había venido fabricándose por sí propio, bien que más formulada y menos obscura. Siguiendo los errores de sus maestros, veníase cada día persuadiendo más de que la iglesia de los anglicanos era sólo una rama de la única iglesia católica, fundada por Jesucristo, si bien la rama más robusta, más noble y más próxima al verdor apostólico, por ser la que, á causa de la reforma de Enrique VIII, se veía libre de las hojas marchitas y de las malas vegetaciones parásitas, que aun llenaban de sombra las iglesias orientales, pero muy principalmente la romana y la *papista*. Ahora bien: el obispo de Londres, precisamente así decia, hablando á su clero reu-

nido para la ceremonia: "He creído siempre que, no sólo uno de los principios característicos, sino la gloria de la iglesia anglicana, era encontrarse bellamente católica y protestante al propio tiempo: protestante en su actitud de oposición á las innovaciones de Roma; católica como miembro sano y vivo de la Iglesia única que es el cuerpo místico de Jesucristo. Es la más sana, por haber sufrido la reforma." No vacilaba en confesar su convencimiento de que la Reforma había sido una bendición, y no, como decían muchos, un delito (1).

Así suponía el buen obispo que en la Iglesia del Hombre-Dios había ramas podridas y ramas vigorosas, como también que vegetaba con más fuerza la cortada manifestamente del tronco primitivo con la segur de Enrique VIII: con tolerancia completamente desconocida en el tiempo apostólico, no negaba la vida, si bien menos enérgica, de las demás ramas, inclusa la de Roma. Conformándose John con tales doctrinas, creía que se hallaba la paz con todos los cristianos del mundo, fuera cual fuera su confesión, sin descubrir la necesidad de acogerse al puritanismo angli-

(1) *The Times*, 15 de Febrero de 1869.

cano, como lo pretendía con gran perseverancia su buena madre. Para mucho más satisfacer su propia conciencia, aplaudía los ensayos de los nuevos apóstoles, decididos á reformar la reforma de Enrique VIII, acomodarla, pulirla y hacerla tan próspera como duradera. Gozábase por ello con las nuevas costumbres que veía introducidas en determinados templos, como cruces en los altares, solemnidades con sacrificio eucarístico, misales, casullas, capas pluviales, según el uso romano, confesionarios y otras innovaciones semejantes, que demostraban una más espléndida liturgia, y una manifestación más sensible de piedad religiosa.

Parecíale á John ver más floreciente cada día el anglicanismo, por brotar con las hojas que tomara en préstamo á la religión católica, sin cuidarse nada de lo inane de tales hojas, cuando no existe el jugo vivo del tronco apostólico; cuando el sacerdocio falta radicalmente, y por consecuencia la administración de los sacramentos viene á ser una escena de teatro; cuando la misma adoración de las especies que se manipula en la que denominan santa Cena, se transforma en una idolatría odiosa; cuando todo lo que no se funda sobre la piedra que

puso Jesucristo para fundamento de la Iglesia, no es edificio, sino ruina. Cogiendo John más las apariencias que la sustancia de la verdad, se creía establecido en el corazón de la Iglesia del Redentor, tan distante de las intemperancias supersticiosas de los *papistas*, como de las intemperancias rigoristas de los reformadores del siglo décimo sexto.

Con tales disposiciones sincerísimas, pero nunca profesadas abiertamente, fácil es comprender qué impresión le causaría el prodigio que Julia contara. El, que había desde un principio hablado tan vivamente contra la verosimilitud de los milagros modernos, al fin de la relación se sintió vencido. No tardó mucho, siendo como era frío y razonador de religión, á encontrar el modo de colocarlo en su privada teología, sin descomponer demasiadamente sus principales máquinas. ¿Qué dificultad hay en admitir un prodigio que atestigüe la presencia real de Cristo en la Eucaristía? La nueva escuela cree á Cristo presente en la santa Cena, y declara (no inquiría John con qué lógica) que los propios artículos de la iglesia anglicana no contienen cosa en contrario. Podría mi propia madre adorar las especies del pan y del vino sin

detrimento de su religión. ¿Qué maravilla que Dios quisiera confirmar la creencia con un prodigio? Si así es, como me parece indudable, lejos de conducirme al catolicismo del Papa, me corrobora en mi catolicismo protestante. ¡Pobre Julia, si se lisonjea de haberme alejado un punto de mi convencimiento!—

Estas y no otras eran las reflexiones que venía multiplicando, tendido en un rincón del coche. En el ínterin, espiaba el momento propicio de hablar un poco con Julia sin que se apercibiera su madre, á fin de confesar secretamente lo que pensaba de su conversación del día anterior. En Alejandría se detuvo el *tren* un cuarto de hora: John se fijó en ello, y no en vano. Mistress Needle, como buena inglesa, saltó incontinenti á la fonda, con el fin de comer algo con sus hijos. Julia quedóse fuera diciendo que le probaría mejor estirar las piernas, paseando un poco. John no dejó huir la buena coyuntura, y separándose de los suyos, detuvo á la joven, y sin preámbulos:—Miss Julia, dijo, no recordais mi deuda

—No en verdad, ni por sueño.

—Os debo mi reloj de repetición y su cadena de oro.

—Os chanceais, dijo Julia, que ya no se acordaba de lo que dijera John en el calor de la disputa.

Añadió el joven;—Os la debo, porque la prometí, si me convencíais de la existencia de un milagro. Esta mañana he descubierto que ya estaba casi convencido del todo: por consiguiente, reloj y cadena son vuestros. Resta sólo . . . .

Aturdida Julia y temblando, dijo, con voz sofocada.

—Por el amor de Dios y de vuestra madre, os ruego que olvidéis la broma, como la tenía olvidada yo. ¿Os parece bien? Vuestra madre recibiría un golpe mortal.

—Lo he pensado; he aquí el medio . . . .

—Por merced, no busqueis medio ni nada; no metamos tampoco ruido aquí.

—Pero ¿quién mete ruido? Sólo hablo. El reloj y cadena que me regaló mi madre valen veinticuatro esterlinas: si os place, haceis cuenta de que os los he consignado, y de que los he podido recobrar por su justo precio . . . .

—De ningún modo, dijo Julia, demostrando su firme resolución: ni el reloj, ni su precio: es imposible.

—Pensadlo, miss Julia: poneis á un ca-

ballero en el compromiso de faltar á su palabra de honor. ¿Puedo prometer y no cumplir?

—No faltais en nada, porque os dispenso, y os suplico que olvidéis la promesa.

—Pero mi honor está interesado en no admitir semejante dispensa. Luego estamos entendidos: os pasaré cuatro esterlinas al mes, lo cual puedo hacer sin dificultad.

Juntó Julia las manos, y en actitud de ruego vivísimo:

—Por todo lo que más ameís en el cielo y en la tierra, no me digáis semejante cosa: no os conviene señor John, ni á mí, ni á vuestra madre.

—Es inútil: quiero. Seré un oso, como me dice mi madre; pero no un hombre sin palabra.

Dijo esto con tan obstinada fiereza, que Julia conoció claramente la precisión de capitular, ó venir á un arreglo. Se resignó, pues, diciendo:—Ya que á todo trance lo quereis, aceptaré, haciendo lo que yo diga. Las dareis á los pobres vos mismo. ¿Os place?

—Vuestras son, miss Julia. ¿Quereis que las dé á pobres católicos?

—Lo mismo es: basta que deis la limosna por amor á Jesucristo.

—Pero por cuenta vuestra, como cosa vuestra también.

—Como queráis; bastará una esterlina por mes, para que no sufran detrimento vuestras diversiones.

—No: he dicho cuatro y cuatro deben ser.

—Como queráis.

John, durante todo el viaje y su permanencia en Italia, fué fiel á su propuesta. Daba liras y medias liras de plata, dando casi todo lo que recibía de su madre, como para librarse más prontamente de una deuda que le oprimía. Mistress Needle nada supo ni sospechó. Julia, que muy bien se apercibía de la distribución frecuente, comenzó á esperar cada vez cosa mejor de John: había en su acción algo de toasco, de grosero y de mastín; pero había también lealtad, y fuerza de ánimo, y constancia de propósito.